

Al circundar, los ínclitos Prelados,  
Con la diadema, las virgíneas sienes.  
Su inefable ventura  
Por nada de la tierra trocarían,  
Pues élla les augura  
El logro de la única que ansían  
¡Patzcuareños, juradle vasallaje!  
¡Vuestras almas rendidle en homenaje!

¡Con las de todos hoy purificadas,  
Formadle una corona más preciosa!  
Oyendo estoy que os dice cariñosa:  
"Si en el oro y las piedras, engastadas  
Con arte y primor, veo  
Ricas piedras no más, y oro lucente,  
El imperial arreo  
Aquí mismo me arranco de la frente,  
Y el amparo iré á ser de adoradores  
Que, de Reina, hacer sepan los honores,"

¡No, no, mil veces no! ¡Reina, Señora,  
Todos claman! En estas latitudes,  
Nuestras almas, asientos de virtudes  
Resolvimos hacer, antes de ahora,  
Sin otro fin, que el santo  
De ofrecerte, con ellas, nuestra nada,  
Hoy que resuena el canto  
De tu triunfo, en la tierra por tí amada.  
¡Tuyos somos en alma y corazones,  
Madre clemente, no nos abandones!"

No sé que ven en el gentil semblante  
De la Virgen, que á todos regocija,  
Y que al creyente robustece, y fija  
La ya dudosa fé del vacilante.  
Igual el alborozo  
Es en todos; y son las esperanzas,  
El entusiasmo, el gozo,  
Los mismos, ¡este cambio derrepente.....  
No tiene explicación, pero se siente!

Sin duda vieron lo que vez alguna,  
Haber visto refiere gente séria:  
Cuando á la tierra aflige gran miseria,  
Guerra crüel ó peste la importuna,  
O el vicio vil la enviste  
Con su pompa de escándalos oscura,  
Pálido el rostro y triste  
Muestra la Concebida en gracia y pura.  
Pálida así se torna en quinta amena,  
Si sopla el cierzo helado, la azucena!

En otras veces pasa lo contrario.  
De carmín, sus mejillas se coloran,  
Y sonreir parecen, cuando oran  
Y acuden en tropel á su Santuario,  
Por bienes recibidos  
A tributarle gracias, los devotos;  
Cuando en plazas y ejidos  
Se honra al Señor, y en límites remotos  
En donde menos Dios, todo Dios era,  
Y luego Cristo reina, Cristo impera.

Fuera cabilaciones, conjeturas,  
Que son recurso inútil, ante el hecho  
Del regocijo universal, que el pecho  
Hoy regala, con célicas dulzuras.  
El demuestra y publica  
Que la Reina del cielo se ha dignado,  
En sus bondades rica,  
Aceptar vuestro obsequio con agrado.  
En su día de gracia, ¿qué no puede?  
Cuantos bienes pidamos nos concede.

Siempre amarla juremos; y, de hinojos,  
Roguémosle nos ponga en el camino  
Que lleva á Dios, nuestro último destino,  
Dicha y pasmo del alma y de los ojos;  
Que si algo nos apena,  
Nos cobije, benigna, con su manto,  
Y siempre de amor llena,  
Nos asista en el gozo, ó en el llanto;

En borrascosos mares, ó en el puerto;  
En pobladas regiones, ó en desierto:

Que á esta Ciudad, en sus amores vieja,  
Y que siempre vivió bajo su ejida,  
Hoy del error y el vicio combatida,  
En manera especial ame y proteja:  
Que á la innúmera gente,  
Aquí atraída por la justa fama  
De sus prodigios, cuente  
Entre sus nuevos hijos, y la llama  
De su amor arda en ellos, y en aludes  
Desciendan á sus almas las virtudes:

Que bendiga al Pastor, digno Jerarca,  
Celoso, como nadie, de su culto,  
Y sus años aleje del insulto  
Con que le amaga la terrible parca:  
Que, benévola, alargue  
Un tiempo, y otro, y más, la vida suya,  
Sin que nada le amargue.  
Sí él muere, nada habrá que sustituya  
El celo ardiente y devoción notoria,  
Con que se afana en aumentar su gloria:

Y que colme, por fin, de bendiciones,  
Al cantor de su triunfo en este día;  
Que dé á su fé la luz y la energía  
Que cárceles no espantan ni leones,  
Y preste á su esperanza  
La fortaleza de blindada nave.  
Como incendio que avanza  
Torne su caridad, hasta que acabe  
De sus días la suma. ¡Y tienda el vuelo  
Y llegue á Dios por Tí, Puerta del cielo!



---

## DISERTACIÓN HISTÓRICA

POR DON FRANCISCO BANEAS GALVÁN, PRESBITERO

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Adviértese á poco que se considere el orden providencial desarrollado en los sucesos humanos, que Dios ha querido que fuese la Santísima Virgen María el manantial fecundo de donde brota la civilización de los pueblos. El nombre de esta Reina augusta preside, en efecto, toda época que desenvuelve acontecimientos fecundos para el bienestar sólido de las naciones; y no hay pueblo de la tierra, por más humilde que sea, que no encuentre en la tradición de sus orígenes, la dulce figura de María impartándole sus favores. Yo veo su nombre bendito en la primera página del Evangelio, que es juntamente el código de la civilización de la tierra y la historia de su principio en los pueblos; lo encuentro después en el cuna de la cristianización de Grecia y de Roma, de Africa, de las Galias y de Hispania. Advierto su mano en la formación de la nueva Europa después de la catástrofe del mundo romano y ¿habréis olvidado que el primer nombre de nuestra historia culta es el de María de Guadalupe, y que es nuestra patria la primogénita de Cristo en este continente? De este modo, Señores, lo mismo en Asia que en Europa, y en Africa que en América, se han verificado estas palabras de la Escritura Santa puestas por la Iglesia en boca de María: *Dominus possedit me in initio viarum suarum.*

Huelga decir que se cumplió lo mismo en esta comarca de Michoacán, y que aquí también como en todas partes, los orígenes de la Iglesia y de la civilización fueron gemelos y tu-

vieron por Madre á María. ¿Pues de qué mente se habrá borrado tan dulce historia? ¿No ha colocado ayer nuestro augusto Pontífice á nombre del Rey de las almas, del Jerarca supremo de la tierra, preciosa corona sobre las sienes de esta Imagen Sacratísima que presidió aquí la fusión de dos razas, que extinguió los odios y apagó las pasiones de oprimidos y opresores, que alentó benéfica á aquel varón insigne, padre y fundador de nuestra Iglesia, para que pudiera combinar elementos tan contrarios y resultara aquella sociedad tan perfecta, tan cristiana, tan ideal, que es hoy el asombro de cuantos de cerca la contemplan?

Representaros, Señores, la conmovedora historia de aquellos hombres y de aquella época es el objeto que ocupará la atención que bondadosos me prestáis. ¿Pues de qué cosa más alhagüeña puede hablarse á una familia que de las glorias de sus abuelos?

Ahora, Señores, permitidme un desahogo íntimo que os explicará por qué me he unido de todo mi corazón á esta solemnidad que, si es de toda la Iglesia de Michoacán, más especialmente á vosotros pertenece. Recuerdo que aquí y bajo la protección de esta Virgen recibí al Espíritu Santo como fortaleza para resistir los ataques del enemigo de las almas y como potestad para publicar el Evangelio en la Iglesia de Dios; á vosotros pertenece el Pontífice que ungió mis manos con el óleo santo para consagrarme sacerdote del Altísimo, y de quien he recibido muestras de paternal cariño y consideración sin límites; aquí nació y aquí reposan las cenizas queridas del que fué padre de mi inteligencia y de mi corazón; y por fin, Señores, fué vuestra insigne patrona quien, prolongando la vida de mis padres según la carne, calmó la aflicción más grande que en mi vida he sufrido. Entonces le prometí algún pequeño homenaje en esta su gran solemnidad y vengo á cumplir mi voto. ¡Cuán pobre aparecerá entre los fervidos vuestros, entre los grandemente meritorios de esos sus hijos más humildes, más pobres, que he visto cruzar arrodillados las calles de esta ciudad para ofrecerle en su santuario, sencillísimo cantar que por su humildad conmueve y enternece!

La adquisición de Michoacán para la corona de España presenta caracteres especiales que no quiero juzgar, pero que le

dieron mayor derecho á la protección de los monarcas Iberos y que, por consiguiente, aumentaron el horror de la bárbara colonización de esta comarca.

Caído el imperio Azteca, recordáis que Tzintzincha prudente ó temeroso, rindió vasallaje al ilustre Emperador Carlos V, quedando desde entonces por tributario del César Español, el indomable pueblo de los michihuanes. Quiero creer que por honrar á esta nación, D. Hernando Cortés, tomó por encomienda, Erongarícuaro, Puácuaro y Tzintzónoro, barrios todos de Tzintzuntzan corte del monarca michihuano que quedó siendo una especie de señor feudal de sus dominios.

No temáis que me extienda en la narración de estos sucesos; seré brevísimo en los que atañen á mi asunto. Años después volvió Tzintzincha á México, y asombrado por el esplendor del nuevo culto y conmovido por las virtudes de los misioneros, se convirtió al cristianismo y pidió al venerabilísimo Fray Martín de Valencia, religiosos franciscanos que evangelizaron esta región. Fueron los enviados, cinco varones apostólicos presididos por el Santo Fray Martín de la Coruña cuyas cenizas guarda este suelo.

Un espectáculo verdaderamente asombroso se vió entonces. Imaginaos, Señores, vuestro hermoso lago circuido aún de sus esbeltos pinares cuyos restos son todavía admirables; reanimad en vuestro recuerdo las polvorosas ruinas de la trístísima Tzintzuntzan, levantad el palacio del rey, los *cues* de los dioses, las murallas de la ciudadela; revivid á Tzintzincha y á su corte de guerreros indómitos; esparcid por último en estos valles y en estos collados que tanto conocéis, cuarenta mil michihuanes de piel de bronce y músculos de acero que apoyados en su arco contemplan con estupor, el no visto espectáculo de cinco extranjeros que en nombre de un Dios nuevo, destruyen los patrios templos, arrancan de su altar las antiguas divinidades y las arrojan al fuego ó sepultan las más preciosas en el fondo del lago que silencioso admiraba tanto atrevimiento; y habréis presenciado la escena más instructiva quizá, de nuestra historia. ¡Al día siguiente bajo el limpio cielo que nos cobija, se elevó por primera vez la hostia incruenta de nuestros altares, y los grandes primero y el pueblo después, acudieron presurosos á las purificadoras aguas del bautismo! ¡Nunca la historia había presenciado conversión tan rápida ni desgraciadamente tan efímera!

Por desgracia no todos los conquistadores y pobladores de nuestra patria, tuvieron las levantadas miras de Cortés no bien se hubo apoderado del imperio Aztecatl; así es que al faltar este capitán por su desdichada expedición á las Hibueras, estallaron entre los españoles que habían venido, aquellas terribles pasiones, causa de aquel desorden, de aquellos crímenes y maldades sin cuento que caracterizan el gobierno de Albornoz, de Estrada, de Peralmindes y Salazar. Epoca negraísima que fué seguida de la no menos espantosa de la primera audiencia. Durante ellas, levantáronse hasta el trono español terribles acusaciones contra Cortés. Carlos V, amante siempre de la justicia, mandó abrir el célebre juicio de residencia que al fin fue seguido por el encarnizado enemigo de Cortés, Nuño de Guzmán. Embargole entonces sus bienes, quitóle sus encomiendas, y estas de Michoacán vinieron á poder de Juan Infante partidario y cómplice del oidor. Sabéis que la corte de España, nunca sorda á las quejas de la justicia, tan luego como lograron llegar á sus oídos los crímenes de Nuño, ordenó su residencia, quien queriendo evadirla, emprendió la conquista de Jalisco, pasando para ello por este reino de Michoacán. ¿Quién pudiera describir sin horror lo que entonces aquí pasó? La crueldad, la felonía, la infamia y la traición se pusieron al servicio de la más desenfrenada avaricia. Entonces fué cuando Calzontzin fue lentamente asado por varios días, entonces los indios fueron duramente esclavizados por feroces encomenderos, y llevados por millares á perecer de hambre y de cansancio en los caminos de Jalisco y de Colima. Y fué también entonces, Señores, cuando estos indios abandonaron la vida social y la fe cristiana y huyeron errantes por las selvas solitarias para escapar á tantos horrores. Fray Juan de S. Miguel los vió impudicamente desnudos huyendo de los religiosos, vueltos á la idolatría y sumergidos en la embriaguez y el venerable Sr. Zumárraga afirma que por esta época pensaron los religiosos Franciscanos abandonar esta misión viendo la inutilidad de sus esfuerzos. Y no juzguéis que fué poco el celo de aquellos apóstoles; por el contrario, hicieron uso de cuantos medios á su alcance estuvieron: rogaron, suplicaron, castigaron, sin alcanzar éxito alguno.

Hé aquí, Señores, fielmente trazadas las circunstancias del momento histórico en que el insigne D. Vasco de Quiroga aparece con toda claridad en el lleno de su vocación providen-

cial. Momento verdaderamente crítico en la civilización de nuestra patria, porque los michoacanos tramaban oculta sublevación. ¿Y qué hubiera sido de los conquistadores, si ahora más que nunca estaban divididos sus ánimos y separados sus ejércitos? ¿Y quién asegura que al ejemplo de estos indios no hubiera sido imitado por todas las razas de la Nueva España? ¿Hubieran podido vencer las huestes castellanas?..... La obra, pues, de nuestro primer Obispo fué verdaderamente grandiosa y de trascendencia imposible de pesar. Vosotros conocéis cómo la llevó á cabo: en medio de las dificultades del *encomendero*, del poblador y del salvaje.

No participo del odio que á raíz de la independencia se profesó sin discreción alguna á todo lo de la conquista; más aún opino que el principio de la *encomienda* fué eminentemente bueno y eminentemente cristiano. Reunir á los indios, sujetándolos al poder de un Español cuya obligación principalísima era doctrinar á sus subordinados en la religión de Cristo, lo que le daba derecho de percibir retribución conveniente en trabajo del indio, hé aquí Señores, el principio de la *encomienda*. No se ocultaron al prudentísimo Cortés los graves inconvenientes de este sistema; por el contrario su previsión hizo que lo rodeara de reglamentos tales, que previstas quedaron las horas de enseñanza y de trabajo, la clase de ocupaciones en que podían emplearse los indios y las prácticas religiosas á que diariamente estaban obligados. ¿Quién no ha sentido conmovirse su corazón cuando en las mañanas de Primavera al descubrirse apenas los primeros rayos del sol, escucha en nuestros campos, entre el primer murmullo de la naturaleza que despierta, ese canto lleno de melancolía religiosa y de esperanza cristiana que entonan los campesinos antes de comenzar sus trabajos? Pues al conquistador de México se le debe esa costumbre prescrita en su reglamento de *encomiendas*. ¡Lástima que los límites que me he propuesto no me permitan exponeros todas las disposiciones de esas magníficas ordenanzas que si hubieran llevado á cabo, habrían salvado á la raza indígena no sólo de la muerte, sino también del vicio y de la ignorancia en que hoy desgraciadamente yace!

Pero no todos los españoles que aquí vinieron participaban de tan generosa idea, y por desgracia para Michoacán, los que aquí poblaron antes del Señor Quiroga, eran el tipo exac-

to del repugnante *encomendero* pintado por el Ilustrísimo Señor Las-Casas. Pensad, Señores, á qué excesos no llevaría el deseo de enriquecerse nacido en un hombre ruin, que había emprendido para alcanzar la riqueza largo y penoso viaje en medio de privaciones y de miserias, que había expuesto su vida á los horrores de una lucha cruentísima y que miraba la posesión de una *encomienda* como el anhelado principio de su riqueza. Y según el testimonio de antiguos cronistas, no uno sino muchos vinieron á Michoacán movidos por la fama de las riquezas que aquí había. El venerable Señor Quiroga tuvo que emprender contra ellos reclamaciones enérgicas y juicios en forma para arrancarles su presa; y no era este sólo el mal de los encomenderos. Los indios habían abrazado, es cierto, la fe católica cuando su rey se convirtió, pero no habían tenido tiempo aún de estudiar siquiera medianamente sus verdades, ni de fortificarse con sus prácticas, así es que al ver á aquellos hombres, adoradores del Dios nuevo, cometer tantas infamias, del odio del hombre pasaron al de la religión que profesaba, y así se explica su apostasía y la resistencia que por siete años presentaron á los celosos trabajos de los primeros misioneros.

No es que quiera extinguir toda luz para que no brille más que la de mi héroe, ni tampoco que culpe á los apóstoles primitivos de Michoacán; pero es preciso estudiar todas las circunstancias para comprender una época y yo encuentro en la crónica del Padre Beaumont estas palabras: "Aparece por" "los dichos de todos los testigos naturales y principales de" "aquella Provincia . . . . . que los frailes de S. Francisco les" "predicaban las cosas de Dios y que eran muy aquejados los" "naturales para que fuesen á rezar é oír misa é sermones, é" "los *azotaban* é hacían otras diligencias para que vinieran" "al conocimiento de Dios Nuestro Señor y se dejasen de sa-" "crificios é idolatrías." Yo creo, Señores, notar alguna imprudencia en este celo, pues pareceme que precisamente por no estar afianzados en la fe, aquellos azotes, lejos de atraerlos los alejarían de los misioneros, dado el carácter bien conocido de estos naturales. En él encuentro otra dificultad que tuvo que vencer el Sr. Quiroga. El indio es taciturno, silencioso y poco amante de la sociedad, estas dispeticiones son muy aptas para fomentar ingentes pasiones, y desgraciadamente son el resentimiento y la venganza, muy naturales á estos indige-

nas. ¡Con qué intensidad no se levantarían en su pecho después de las injurias del encomendero! ¡Que resistencia no opondrían á fundirse con la sangre de los que por tanto tiempo habían sido sus crueles enemigos!

Admirad, Señores, el poderoso influjo de la prudencia y de la caridad cristianas que buscan en el mal mismo la fuente del remedio. Beneficiar á los indios derramando sobre ellos los tesoros de un corazón paternal, tratarlos con la ternura de una madre y con la generosidad de un corazón de santo, fueron los medios poderosos que fundaron esta ciudad y esta Iglesia. Mirad, Señores, en este mismo lugar elevábase un templo de los michihuanes; ahora se levanta la primera catedral de esta Provincia que algún día había de ser Arquidiócesis, cerca de ella, á uno y otro lado como impartiendo á ambos igual protección, están el Hospital y el Colegio, el primero para los indios, el segundo para los españoles, y según la mente del fundador los educados en el colegio deben ser ministros de los recogidos en el hospital, los rectores del colegio deben ser patronos del hospital, y de estos dos centros brotó la felicidad de este reino. ¿Quién no se conmueve al contemplar la caritativa fundación de los hospitales? Carlos V. les dió el verdadero nombre llamándoles *Pueblos hospitales*, porque no eran una casa, sino un pueblo en donde se había realizado el ideal de la sociedad cristiana, Chateaubriand ha inmortalizado en su "Génio del Cristianismo" las reducciones del Paraguay: pues ciertamente, Señores, que el grande apologista cristiano hubiera visto con igual asombro estos hospitales de Michoacán. La autoridad aquí era electiva, debiendo recaer la elección entre los jefes de familia, de los cuales se nombraba quien tuviera encargo de regir en lo temporal, quien vigilara por el cumplimiento de los deberes religiosos de los asociados y quien tuviera encargo especial de las pequeñas finanzas del pueblo. Un campo más ó menos extenso que era de todos, rodeaba la población y también había en cada choza pequeños predios que eran de cada uno: el campo común lo labraban todos y servían sus productos para satisfacer las necesidades de los socios, consagrándose lo restante al culto y á los pobres. Para el servicio del templo destinábanse por turno hombres y mujeres que semanariamente cuidaban de su limpieza y aseo. ¡Qué conmovedor debe haber sido verlos renovarse en el servicio! Entraban al templo